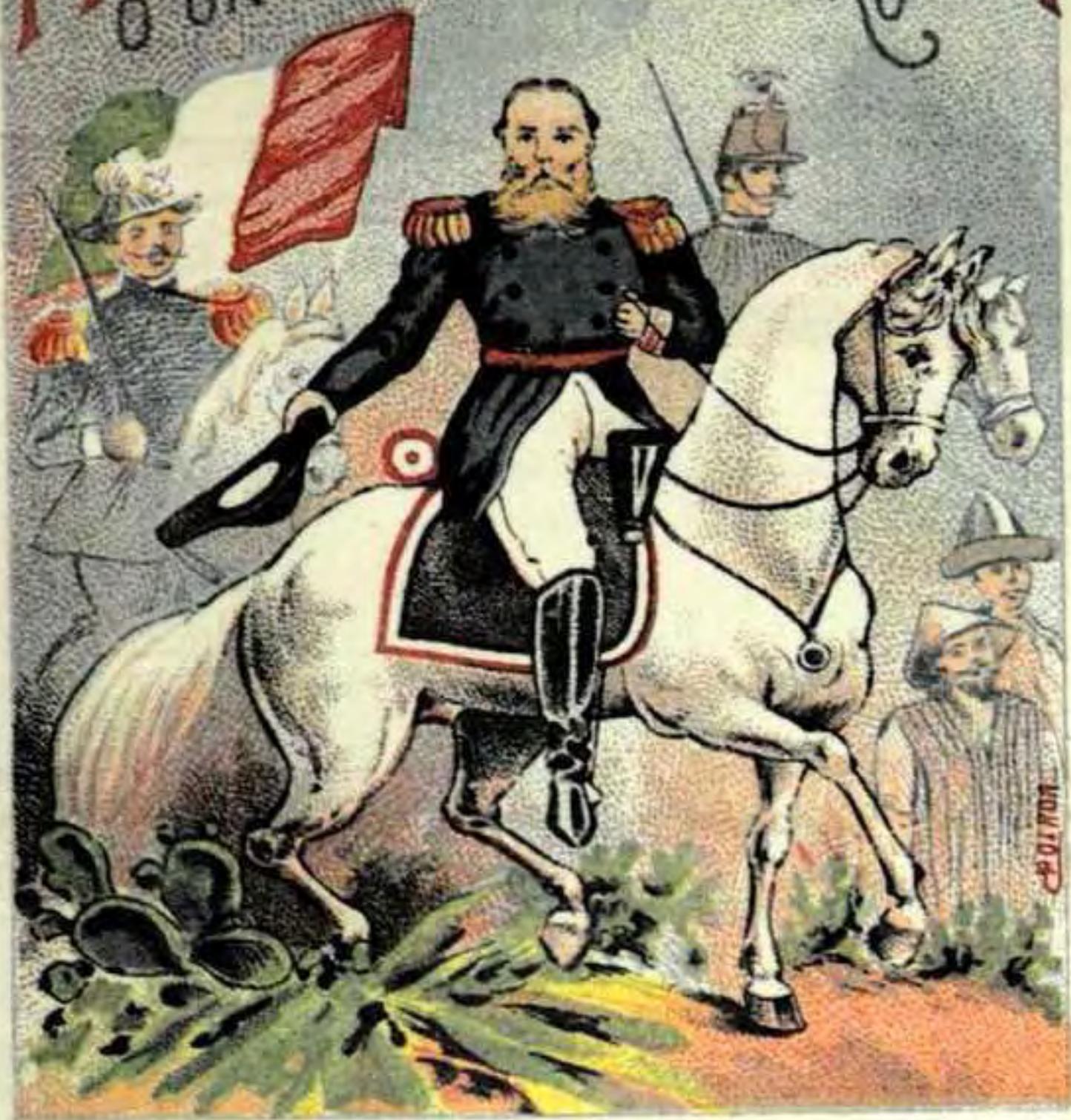


BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

MAXIMILIANO DE AUSTRIA

Ó UN IMPERIO EFÍMERO



MAUCCI HOS MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
Última série.—Época moderna

Maximiliano de Austria

ó

Un imperio efímero

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

MAUCCI HERMANOS.—PRIMERA DEL RELOX, 1
1901

**Propiedad exclusiva de los
señores Maucci Hermanos.**



Maximiliano de Austria

El poderoso ejército francés había triunfado entrando en Puebla, ¡en la heroica Puebla! ¡Llorad, llorad, niños mexicanos al recuerdo de aquellas solemnes epopeyas diarias, de aquellos combates magníficos de los mexicanos exhaustos, débiles y muertos de hambre contra las enérgicas, robustas y aguerridas fuerzas francesas... ¡oh! si llorad, porque después de semejantes lides, y tras de esas luchas sin igual, cayeron miles de hombres que dieron su vida por la patria, batallando contra cuerpos más fuertes y tremendos... llorad,

por los buencs hermanos nuestros caidos, defendiendo la tricolor bandera mexicana!...

Ya os he referido el formidable sitio de Puebla... ¡Las tropas rompieron sus armas, los oficiales sus espadas, y en torno del territorio nacional, flotó una inmensa nubla zón obscurísima, como si ya para México empezara una eterna, una siniestra Noche de Sepulcro y Dishonra!

*
* *

¡Ah! ¡más no fué así!...

¡No!... ¡oh! ¡no, amiguito mío! ¡muy al contrario la Gloria, el santo Arcangel de la Gloria, tendió sus magníficas alas sobre la patria, protegiéndola y arrojando sobre ella, un diluvio espléndido de guirnaldas... guirnaldas de rosas blancas, y de verdes laureles!...

¡Más también, y acaso para mayor gloria, entre el torrente de aquel diluvio, una lluvia incesante de espinas, de negras y punzadoras espinas!...

¿Cuáles podrían ser aquellas raras espinas?...

¡Eran las traiciones de los malos mexicanos!...

¡En el huracán, en que parecía hundirse la nación mexicana, bajo la tempestad que tronaba lóbregamente en avalanchas de sangre, surgían á veces las puntas fatídicas de los puñales de los asesinos!...

¡Maldición!... ¡Eterna maldición, sobre esos traidores que ayudaron á los extranjeros tiranos, en su obra de arrebatarnos la patria, que ya nos había dado el indómito y alto Juárez!... ¡Maldición!...

¡Oh! ¡Si mis amables lectores, jovencitos que por ahora no podéis comprender toda la iniquidad de la villanía de los que, renegando de ser mexicanos, se unieron con franceses, austriacos y belgas, para hacer guerra á la misma nación mexicana... ¡oh! si, llegará pronto el día, en que lancéis el anatema sobre todos los traidores, levantando á un tiempo mismo generoso, afanoso, para los que nos dieron tranquilidad, paz, armonía, progreso!

¿No es verdad, que el corazón juvenil se siente henchido de entusiasmo y gloria, recordando esa página maravillosa de la patria.

historia que se llama, y que todo el mundo conoce con el nombre ya eterno, ya imborrable, ya grabado en oro y diamante, en todos los siglos?

«CINCO DE MAYO, DE MIL OCHOCIENTOS
SESENTA Y DOS»,

...¿no es verdad, que muchas veces, amiguitos, habéis llorado en las fiestas que celebran ese aniversario, oyendo las palabras de los oradores, oyendo las estruendosas descargas de las baterías, durante las salvas de veinte y un cañonazos?... ¡Habéis llorado con la santa emoción de los que se sienten orgullosos con ser mexicanos, y haber pertenecido á esa raza de héroes, que disputaron á las indomables fuerzas francesas, á las formidables legiones galas el triunfo!...

.
¡Y también vistéis el atroz infierno del sitio de Puebla! También debéis haber sufrido



con la impresión de tanto desastre, hasta que por fin, como ya sabéis, rotas las armas, todo acabo ¡dispersándose las legiones mexicanas, fieles y leales, en guerrillas por todas las obscuras sinuosidades de las sierras... ¡ay! de esas sierras abruptas y salvajes, en que las fieras y los pinos mezclan sus eternos rugi-

dos, para amedrentar á los malvados y hacer levantar el espíritu de los héroes!



Poco tiempo después, entró á la capital de la República, el ejército francés, preparando la entrada, del que los enemigos del progreso y de la libertad, habían llamado como Emperador de México.

En efecto, el día 12 de Junio de 1864, en traba solemnemente en las calles adornadas de la ciudad, que tantas veces había sido asiento de la causa liberal, aquel pobre príncipe, traído desde tierras muy lejanas, engañado por los mismos que le fueron á llamar, aquel pobrecito archiduque austriaco, que por tener una corona, vino á México, á perder su imperial cabeza, rodando ensangrentado, allá en el polvo y el fango del cerro de las campanas, en Querétaro.

¡Pobre Maximiliano!

¡En su memoria, por su buena alma, cuántas lágrimas se han derramado!

¡Oh! ¡infeliz archiduque, noble austriaco, que tan sereno y tranquilo dormías al lado de tu casta y buena esposa, la Emperatriz Carlota, tu no tuviste culpa alguna en el gran crimen de que hicieron víctima á nuestra patria, los ambiciosos, los malos mexicanos!... ¡oh! ¡no, Maximiliano, tu fuiste leal, magnífico, generoso y puro... Más á ¡ay! tu bondad, y la ambición, y el orgullo de tu raza, te cegaron, cuando te ofrecieron un trono!... ¡Quisiste ir á ocupar ese trono ficticio, que te ofrecían unos cuantos aventureros, é, impulsado por el tirano de la Europa, que se llamaba entonces, Maximiliano!—el Emperador, Napoleón III, ¡caíste en la tentación, y llegaste á México, á este glorioso México, nuestra patria, de donde no habrías de volver sino cadaver!

¡Pobre Maximiliano!

.

¡Pobre de tu augusta esposa, Carlota!

.

*
* *

Los malos, los que son bajos, {y se 'humi-
llan para alabar á los que siempre están en
lo alto, á los que tienen dinero ó glorias, em-
pleos, títulos ó halagos que repartir, todos
los enemigos declarados de los republicanos,
los traidores, los viles, los poderosos, y los ri-
cos que habían hecho su capital, con la san-
gre y el sudor de los pobres, los que odiaban
la libertad y la luz, porque eran hijos del cri-
men, y de la sombra, ¡oh! ¡sí... en una pala-
bra, amiguitos míos, todos los que son mal-
ditos de Dios y de la Historia, que es la mis-
ma Conciencia de la Humanidad, es decir, el
mismo Dios, todo aquellos abominables ene-
migos de la patria, salieron á recibir al Archi-
duque, Maximiliano de Auspburgo, llamado
y diz que aclamado, Emperador de *México!*

¡El llegaba tranquilamente, convencido de

su poder y de su fuerza, creyendo que efectivamente tenía derecho para llamarse rey, y Emperador de una nación, que apenas conocía de nombre, sin sentir hacia nuestro país, ningún sentimiento de cariño y simpatía, solo cediendo á su orgullo imperial, que le exigiera que fuese el que había de llevar la Corona de los Moctecuhzoma y Cuachtemochzin!

¡Cuán engañado estaba, el triste y rubio príncipe!

¡Y cuánta, cuánta sangre más, iba á costar á la nación mexicana aquel orgullo!

¡Tras del Emperador, y delante él, estaban las legiones francesas, que había mandado Napoleón III, para sostener aquel trono impuesto por cuarenta y cinco mil bayonetas!

¡Dos cientos mil pesos, costaron á la nación, solamente las fiestas que la ciudad de México, hizo á la entrada de Maximiliano y de Carlota, el día 12 de Junio de 1864.

Poco antes el *Emperador*, escribió á Juárez, —¡el indio sublime!— ¡una carta, en que le

ofrecía miles de favores y de empleos, haciéndole figurar como un gran hombre entre la corte, que aquel improvisado monarca pensaba formar!...

¡Ya os podéis imaginar, cual sería la contestación del heroico presidente de la República, que era en realidad y justicia, el verdadero y único gobernante del país!

¡Le contestó diciéndole, que estaba donde le había ordenado su deber, y que los intereses de la patria, le llamaban á sostenerse firme, inquebrantable y alto, delante de la Traición, que ayudaba á la Tiranía Extranjera, para expulsarla con todo el heroismo de los buenos mexicanos!...

*
* *

Entonces principió la vida éfimera, de lo que algunos llaman el Imperio de Maximiliano.

Empezaron en México, miles de fiestas, bailes, banquetes, orgías y paseos ostentosos...



Se quiso imitar el tiempo de los antiguos reyes, las farsas de los nobles, y de los caballeros... y se empezaron á nombrar *condes*, *marqueses*, *duques*... *chambelaux*, guardias de la Emperatriz, y miles y miles de tonterías por el estilo, que causaban risa, porque aquellos tipos usaban trajes muy ridículos como de espanta-pájaros.



Pero mientras pasaban todas estas tristes farsas en la capital de la República, allá en los campos, los defensores de la patria, insultada y hundida, hacían proezas de valor indomable, y de un heroísmo inmortal...

En Mazatlain, el General Sanchez Ochoa, hizo prodigios de valor, rechazando con un solo cañón, á toda una fragata francesa... ¡De-

rrotó á las tropas francesas, el bravo general, siendo aclamado por toda la población!

¡Allá en las asperezas de Oaxaca, el ilustre General Porfirio Díaz, se batía con muy pocas tropas, contra los ejércitos franceses, rechazándolos por todas partes, teniendo rasgos de sublime civismo; siendo mártir, perseguido á través de las sierras, indomable como un genio del amor á la patria!

¡Y lo que fué más admirable en este genio de la guerra, lo que le hizo ser aclamado hasta de sus mismos enemigos, fue que, hecho prisionero por los franceses, con astucia, y sin faltar á su honor, burló á sus guardianes; escapó por entre las montañas, y muchos meses vivió en el fondo de barrancos, y precipicios horrendos, combatiendo con el hambre, la sed, y las fieras; hasta que logró volver á ser el caudillo indómito, que tantas glorias iba á dar á México!

¡Salve el augusto adalid, de aquellas terribles guerras!

¿Quién habría de adivinar, que más tarde, sería aún más grande?

En el Interior de la República, en las Sierras de Querétaro, en las de la Sierra Madre del Norte, otras bravas guerrillas luchaban con denuedo, al mismo tiempo que en el Palacio de México, bailaban los nobles y los ricos delante del nuevo llamado Emperador Maximiliano...

¡Horrendas páginas de la historia: mientras unos mueren en los desiertos de los montes, defendiendo la libertad y el honor de la patria, otros la roban y con sus valores se embriagan, se visten de seda y terciopelo, y cascabeles y campanillas de oro, para danzar alegremente, ocultando su infancial...

Pero, notad, niños amigos, que después llega la hora de la expiación... ¡Viene el castigo, y corre la sangre!...

¡Se acercaba el lúgubre: «Cerro de las Campanas!»